

EL PUEBLO GUARANÍ. UN PROCESO DE CREACIÓN Y RESIGNIFICACIÓN CULTURAL EN EL ESPACIO DE LAS MISIONES JESUÍTICAS.

(THE GUARANÍ PEOPLE. A PROCESS OF CREATION AND CULTURAL RESIGNIFICATION IN THE SPACE OF JESUIT MISSIONS.)

Mabel barret

Estudiante de Tercer Año de la carrera de
Licenciatura en Historia
Universidad Nacional del Comahue.

Correo electrónico: mblbarrett@gmail.com.

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo el estudio del Pueblo Guaraní y su inserción en el espacio de las misiones jesuíticas, colocando en relevancia el rol desempeñado por los actores sociales en cuestión, como así también las diversas acciones y estrategias desarrolladas para la conservación de la identidad guaraníca. Para abordar el tema se tendrá en cuenta el análisis de las diversas variables ideológicas, simbólicas, políticas y las interacciones que se producen entre ambos exponentes relacionales, a su vez, se procederá a reflexionar sobre la pretendida pasividad del pueblo guaraní frente al acervo cultural jesuita. Finalmente, se realizará una profunda observación, para evaluar si fueron ellos, quienes, a través de una destacada racionalidad y un conocimiento pleno de sus potencialidades, reelaboraron y re-significaron sus propios valores culturales.

Palabras clave: guaraníes; jesuitas; patrones culturales.

Abstract

The present investigation has like objective the study of the Guaraní people and its insertion in the space of the jesuit missions, placing in relevance the roll carried out by the social actors in question, as well as the diverse actions and developed strategies for the conservation of the identity Guaranitic To address the issue will be taken into account the analysis of the various ideological, symbolic, political and interactions that occur between both relational exponents, in turn, will proceed to reflect on the alleged passivity of the Guarani people against the Jesuit cultural heritage . Finally, a deep observation will be made, to evaluate if it was them, who, through an outstanding rationality and a full knowledge of their potentialities, reelaborated and re-signified their own cultural values.

Keywords: guaraníes; jesuits; cultural patterns.

Introducción

La Misión jesuítico-guaraní, es un espacio histórico de investigación, que ha concitado la atención y el interés a lo largo del tiempo, tanto por su originalidad como por las específicas concepciones ideológicas, culturales y humanísticas que la caracterizaron y que contrastan con los distintos procesos en cuanto a la ocupación de los territorios americanos. En los trabajos historiográficos, de autores tales como Melià (1986), Morner (1968) o Furlong Cardiff (1962), se han adoptado categorizaciones e imágenes, conceptualmente preconcebidas sobre los actores que accionaron en ese espacio, que fueron producto en su gran mayoría de la reproducción del discurso colonial provenientes de las crónicas y escritos jesuíticos. Solo se ha visibilizado en ellos, manifiestas unilateralidades en los procesos de cambio, enmascaramientos de particularidades de los actores sociales y el reflejo de un mundo dicotómico: la tradición jesuítica de acción dominante frente a una materializada dilución de la entidad nativa, absolutamente permeable y de marcada pasividad. Es preciso señalar que ha habido avances significativos en el estudio de las misiones en años recientes, pero aún los ejes analíticos no manifiestan con claridad la complejidad del espacio jesuítico guaraní, y las acciones de sus integrantes. En una posición de franca discordancia con el relato historiográfico tradicional y teniendo como punto de partida los relevantes estudios realizados por Mercedes Avellaneda, esta investigación pretende dar un enfoque analítico distinto sobre el accionar de la etnia guaraní.

Es por tanto que, nuestro trabajo, tendrá como objetivo el Pueblo Guaraní y su inserción en el espacio, sus interrelaciones, la diversidad de acciones y estrategias, desarrolladas en el ámbito de las misiones. Hemos procedido a esbozar una serie de interrogantes que constituyen el hilo conductor que guía en la resolución del problema, entre los que se mencionan: ¿Solo se desarrollaron entre los actores sociales relaciones de tipo unilateral? ¿Fueron los guaraníes actores

pasivos en los procesos de cambio, aceptando impasiblemente el accionar de los jesuitas? ¿Realizaron estrategias con raíz, en patrones culturales, a fin de preservar su identidad?

Para responder estos interrogantes analizaremos las diversas interacciones políticas, simbólicas e ideológicas producidas entre guaraníes y misioneros. Se tendrá en cuenta que éstas se producen en un espacio dinámico y complejo, en que ambos actores sociales no conformaron sujetos monolíticos; sino que se dieron ámbitos de consenso, alianzas y cooperaciones en el espacio referido

Inicios de la compañía de Jesús

Las misiones jesuíticas, se establecen como obra de la orden "La Compañía de Jesús", la misma fue fundada en España por Ignacio de Loyola, en 1538. Esta orden presenta un alto carácter elitista y vertical, en respuesta a la ideología de su fundador, que remitía a crear una especie de ejército permanente bajo la orden y mandato del Papa. En primera instancia, esta orden realizará misiones experimentales en Europa, con los estratos más bajos de la sociedad conformados por vagabundos, mendigos y campesinos sin tierra; ocupándose luego de la conversión de moros y judíos. La orden jesuita, una vez congregada y consolidada como tal, comenzó su denominada Misión Externa que sería desplegada en diversos espacios geográficos. Es así que en 1549 recalán en América, a fin de misionar en Brasil por orden de la Corona Portuguesa; aunque debido a presiones de los encomenderos y los "bandeirantes" brasileños (bandas de cazadores de esclavos) que actuaban en ese espacio, la orden será expulsada en 1640 del territorio brasileño.

Años más tarde se produce la instalación de reducciones jesuíticas en el Paraguay, siendo concebidas como un plan de penetración del gobierno español, tal orden tendrá como misión desplegar su acción evangelizadora en los territorios ocupados anteriormente por las

misiones franciscanas. Será entonces, el territorio del Guayra en Paraguay, el espacio que recibirá en 1609 a los misioneros españoles. Desde su instalación, despliegan una metodología misional, caracterizada como “subversiva”, por rechazar de plano los términos cruentos- guerra y esclavitud- en que hasta entonces se había realizado la conquista española.

La orden procedió entonces a instalar un número de veinte misiones en el territorio, aunque los límites exactos de estas serán difícil de precisar, ya que debían las mismas trasladarse continuamente de un lugar a otro, debido a los ataques de tropas esclavistas que asolaban la región. La instalación definitiva de los misioneros, se producirá en 1641, luego de la batalla de Mbororoe (enfrentamiento que se produce entre bandeirantes y guaraníes) a la vera de los ríos Paraná y Uruguay; en el amplio espacio que hoy engloba Brasil, Paraguay y Argentina. Se disponen dos grandes grupos de misiones en las márgenes de ambos ríos, siendo los mismos la línea divisoria entre los pueblos misionales. Así es que por un lado, a orillas del Paraná: tendremos las de San Ignacio Guazú, San Cosme, San Damián, Itapuá, Candelaria, Santa Ana, Corpus, Loreto y San Ignacio Mini. Por otro lado, a la vera del río Uruguay se encuentran las de San Carlos, San Javier, Martres, Santa María, Santo Tome, La Cruz, Nuestra Señora de Asunción de Mbore, San Miguel, Yapeyu, Apóstoles y San Nicolás.

Tales espacios conformaron una extensa red territorial «un sistema perfectamente coordinado de reducciones, auto subsistentes en lo económico y con formas de autogobierno en lo político; pero a la vez interconectadas entre sí” (Mires, 2006, p. 237). La ubicación de los poblados misionales, en esta región geográfica, de posición extrema y fronteriza, obedeció en primer lugar, a que constituía un punto estratégico, necesario para limitar la acción y el poder de los encomenderos y así manifestar concretamente la separación entre misión y conquista. En las reducciones los nativos gozaban de ciertos privilegios, como el trabajo a realizar y

a la reducción del tributo; tales beneficios eran el resultado de pactos y negociaciones con las autoridades reales. Éste hecho permitirá que las reducciones jesuíticas vayan logrando una progresiva autonomía respecto del mundo socio-económico hispano. En segundo lugar, el gobierno español ve la necesidad de ocupar las zonas fronterizas; la misión pasa a constituir un muro limitante a los ataques de los bandeirantes portugueses.

El accionar de los misioneros situados en uno de los extremos relacionales actuantes en el espacio histórico referido, se pondrá de manifiesto en aquellos documentos epistolares, que se enviaban en forma regular a la ciudad de Roma y eran redactados por los Padres Provinciales para ser enviados al General de la Compañía de Jesús. Los testimonios mencionados son las denominadas Cartas Anuas,¹ en las cuales se relataban los principales hechos acontecidos en las provincias jesuíticas. Tales registros, conforman fuentes históricas de incalculable valor, al margen de su espíritu apologético; ya que permiten la reconstrucción de la labor evangelizadora en el territorio misional.

Las Cartas Anuas, constituyeron relatos sobre el desarrollo de la vida cotidiana en la comunidad jesuítica, los conflictos que se producían en la misma; como así también las peculiaridades del mundo nativo. A lo largo del tiempo y debido a los usos adicionales de las mismas (también se usaron por una parte, como testimonio para despertar en los jóvenes el deseo de misionar y por otra parte, mantener informados a los amigos que colaboraban con la Compañía, de los objetivos alcanzados) se acordó reflejar solo los hechos edificantes acaecidos en el espacio anteriormente referido; por lo tanto aquellos hechos de controversia o de no aceptación de las propuestas de los misioneros se reservaron para la correspondencia privada. Por último, es importante expresar que estos testimonios presentan diversas limitaciones sobre todo

¹ *Cartas Anuas de la Antigua Provincia Jesuítica de la Compañía de Jesús*, Biblioteca Nacional de Bs As, Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la Historia, Buenos Aires, Bs. As. I1H, 1927-1929.

debido al hecho que sus autores, europeos y religiosos, se enfrentaron a realidades culturales nuevas para las cuales no siempre presentarían el mejor análisis y mucho menos la mejor interpretación.

Si nos quedáramos en este recorte de los documentos mencionados, nos llevaría a pensar un modelo misional característico, de marcada homogeneización cultural: produciendo la instalación del mismo una identidad jesuita-guaraní definida, a partir de la imposición de determinada organización económica, política y social a los nativos. El sector indígena en tal modelo, no poseería capacidad alguna de acción, el nativo evangelizado cumpliría un rol pasivo y sujeto a la dominación de los misioneros; estableciéndose así una evidente relación unilateral. A través del análisis profundo del material citado en la bibliografía, nuestro razonamiento tomará un giro absolutamente nuevo, ya que comenzaremos a desbrozar numerosos elementos culturales nativos que subyacen en el accionar de la Compañía de Jesús; los mismos habrían sido tomados como base para el modelo referido.

Es así que comenzará a conformarse un proceso que combinará una serie de elementos de la tradición nativa en franca alternancia e imbricación con las propuestas misionales, es preciso realizar entonces una exposición de los distintos rasgos a considerar y como se produce la imbricación de ellos y la resultante de tal proceso.

En aquello que concierne al sistema político, el cabildo será claramente el elemento que aportará el orden jesuita, constituyendo en sí mismo un factor de quiebre, "el cabildo sería claramente el elemento impuesto más disruptivo" (Wilde, 2001) en el ámbito político. A pesar de la intrusión de la institución referente de la corona española, serán los caciques" (Tuvicha o Mburuvicha), quienes estarán al frente de los mismos. Se combinarán así dos tipos de autoridad, por un lado, la tradicional nativa y por el otro la impuesta por el orden misional, constituyendo mecanismos

diferentes de interpelación a la población. La autoridad ejercida por el cacique presenta un marcado dinamismo y un anclaje en la oratoria, el parentesco y la destreza guerrera. Por otra parte, la ejercida por el cabildo, como órgano gubernamental, constituye un elemento estático debido a su carácter de marcada jerarquización y centralización. Ambas autoridades conformaron un sistema complejo de poder pero que sin embargo contribuye al mantenimiento de la cohesión de los pueblos. El poder del cacique en este contexto ha disminuido, pero su figura sigue siendo relevante en cuanto a su rol de jefe político, con implicancias directas en la vida de la comunidad "sigue funcionando un mundo de prestigio y determinados modelos tradicionales de reciprocidad aldeana" (Wilde, 2001). Por lo tanto, el cacique seguirá poseyendo un rol fundamental y a él deberá recurrir el jesuita si quiere obtener resultados de la población.

En lo económico, pervivieron aquellas prácticas pertenecientes a la antigua organización económica indígena; conservándose inclusive la práctica de producción de excedentes, aunque antiguamente era controlada por los jefes y en cambio ahora era dirigida y administrada por los padres jesuitas para el autoabastecimiento de las reducciones. A su vez se combinaron con pautas de la economía tributaria "produciéndose por lo tanto un acoplamiento entre una economía de subsistencia con el más alto desarrollo tecnológico existente en Europa" (Mires, 2006, p. 250).

Por otra parte, la religión cristiana, se consolidará sobre bases fundamentales de la religión tradicional. Los jesuitas deberán desarrollar entonces su tarea en franca competencia con el rol de los antiguos líderes político-religiosos guaraníes: el payé (médico curandero) y el karái (profeta o guía religioso) así también la promesa de un "paraíso", instrumentada por la religiosidad cristiana, esto tendrá puntos de contacto con la idea familiar del mundo guaraní, que es la búsqueda de la "Tierra sin Mal". Los resultados obtenidos en la evangelización no componen, sin embargo, un todo macizo, sino que presentan

quiebres como lo demuestra la pervivencia de hechiceros y de antiguas prácticas y creencias de estricta religiosidad nativa.

Otro aspecto importante, de comunión entre elementos tradicionales con los nuevos podría vislumbrarse en la formación de milicias guaraníes, que va definiendo un “rol netamente militar” para las misiones, surgiendo el mismo como respuesta a la necesidad de proteger la sociedad del asedio de la explotación colonial. Tendrá como base este cuerpo combativo, las particularidades guerreras propias del guaraní asociadas a las estructuras y el ordenamiento propio de las milicias europeas.

La preservación de la lengua guaraní es otro elemento clave que definirá la especificidad del modelo, el dominio de la misma por parte de los jesuitas; favoreció la dinámica relacional y la tarea evangelizadora.

Los habitantes de la “Tierra sin Mal”

En el espacio de las misiones, en el extremo de la dialéctica relacional, encontramos al pueblo Ava o guaraní., con sus elementos identitarios, particularidades y especificidades; que han sido objeto de dilución y desdibujamiento por parte de la Historiografía tradicional. Estos pueblos provenían de la región del Amazonas, que motivados por las alteraciones circundantes ya sea de la Naturaleza o en relación a otros grupos, realizaron numerosos traslados a distintos espacios hasta su posterior dispersión hacia el sur; buscando tierras aptas para su subsistencia. A la llegada de los jesuitas, los Ava conformaban un pueblo de valientes guerreros, dispersos en el territorio anteriormente mencionado. Este pueblo estaba organizado políticamente en jefaturas, el jefe o cacique o Tuvicha debía poseer marcadas características: valentía, generosidad y ser buen orador; convirtiéndose en un líder de gran prestigio entre los miembros de la comunidad.

Para los guaraníes existían tres elementos que revisten la importancia en aquello que

conciene a su identidad guaraní: sus aldeas o Tekohas, la palabra y la poligamia. En cuanto a lo respectivo a las aldeas, los nativos vivían en ellas; conformando familias extensas (al menos tres generaciones) con sus respectivos caciques como figura central. Para el guaraní las Tekohas no se trataban de comunidades políticas y económicas sino más bien de comunidades religiosas. A las mismas corresponden, desde las fiestas religiosas y las decisiones políticas, hasta el lugar donde reside la autoridad religiosa que se purifica en los rezos, en el canto y en la danza. Los integrantes de las mismas, se consolidarán hacia el interior de ellas, como parte fundamental e integrada del elemento divino que constituye su centralidad.

La palabra para los guaraníes era de crucial importancia, ya que el vínculo con la religión era trascendental, el ñe-e: palabra-lengua -alma- se revestía de un carácter plenamente espiritual. En su cosmovisión el nativo consideraba que, al realizar el acto del habla, entregaba su alma, otorgándole por lo tanto un valor central y sagrado en su cultura. Cada Ava emitía siempre la palabra perfecta, decían solo aquello que debían decir y hablaban sólo cuando tenían que hacerlo; la palabra era el halito vital que lo mantenía erguido y elevado hacia su dios. Para ello utilizaban el denominado canto mágico o purahei-paje “la alma tenía sonido” y la danza o jerok-paje; se transmitía entonces a través de ellos, la esencia de su ser. Así, cada uno debía bailar para quitarse de encima el peso «terrestre», para eruirse -como lo hizo Ñamandú (su Dios Creador) y afirmarse en el canto, en la palabra sagrada, que, siguiendo los movimientos de los cuerpos, subía directamente a los oídos de los dioses que residían en la “Tierra sin Mal”.

Por lo tanto, es necesario evaluar de forma diferente el ritual (ceremonias de canto y danza) ejecutado por los nativos, desplazando la idea que los guaraníes vivenciaran los rituales propuestos por los misioneros; como un método de coacción simbólica. Por el contrario, es preciso marcar la constitución del mismo, como un instrumento de reproducción sociopolítica

accionado desde el seno del mundo nativo; con el objetivo de garantizar la preservación de sus prácticas rituales y de sus símbolos tradicionales.

La poligamia conformó un principio rector, ya que permitía extender los lazos sociales con otros grupos, la apropiación de la tierra para el cultivo en forma pacífica y consensuada y el desarrollo de una serie de obligaciones y derechos por medio del parentesco político:

...“en tiempos de paz daba acceso al cultivo y de un número mayor de parcelas de tierras que garantizaban la subsistencia de grupo y en épocas de guerra permitía desplegar el poder político de la jefatura con la ayuda de los diferentes grupos de guerreros aliados entre sí”

(Avellaneda, 1999, p.1).

La poligamia, entonces, era el camino para conseguir la totalidad del poder, porque el parentesco político implicaba por un lado la posibilidad de contar con muchos brazos para el cultivo. Por otra parte, el hecho de poseer muchas mujeres, permitía la subsistencia y también la solidaridad para con el grupo en tanto que a través de un sistema de alianzas se aseguraba el prestigio económico y socio-político. La poligamia era común entre los guaraníes, principalmente entre los caciques, uno de los símbolos de su prestigio estaba relacionado con la capacidad de retribuir los dones con regalos que, eventualmente, recibía de sus vasallos y así mantener su prestigio ante ellos, con los numerosos productos que les brindaba como líder de la comunidad. En el interior de las misiones la confrontación entre los hábitos polígamos de los guaraníes y la castidad de los jesuitas suscitó una serie de controversias, que en algunos casos fueron de marcada agresividad:

“(…) Nuestros mayores vivieron con libertad, teniendo para su bien las mujeres que querían, sin que nadie por ello los estorbase, con las cuales vivieron y pasaron sus días alegremente. No obstante, vosotros, queréis destruir sus tradiciones e imponernos una carga tan pesada como es la de atarnos con una mujer (...) arrebatado de un furor diabólico, él se retiró, gritando en alta voz: Ya no se puede aguantar la libertad de los que, en nuestras propias tierras, quieren llevarnos a vivir según su forma de vida ruin (...)”

(Ruiz de Montoya, 1997, p. 105).

Los jesuitas tuvieron que admitir viejas estructuras y costumbres, así la concesión al modo de ser de los indígenas, se hacía para no correr el riesgo de menoscabar el trabajo de evangelización. Se admitirá entonces la poligamia de los caciques guaraníes, como forma de no perder sus mejores aliados en la lucha contra los elementos religiosos nativos y la conversión de los indígenas.

La economía de las aldeas Avas, a la llegada del orden misional, poseían una lógica determinada de funcionamiento, la misma estaba basada fundamentalmente en la reciprocidad como elemento que permitía una redistribución equitativa de los recursos, así como también de la producción; manteniéndose el principio ancestral. Eran agricultores sedentarios, que desarrollaban sus tareas agrícolas en pos de la subsistencia con específicas particularidades temporales; marcadas por un ritmo de destiempo y alternancias.

En ellos coexistían dos sistemas de trabajo y de propiedad de los bienes, por un lado, el Abambae significa: abá, indio, mbaé, cosa perteneciente. Es la hacienda del nativo, la

tierra para su uso particular, por lo tanto, está al servicio del abastecimiento familiar; es en última instancia aquello que pertenece al hombre. Por el otro el Tupambae, aquello que pertenece a Dios, en idioma guaraní Tupá significa Dios y mbaé posesión; aplicado a su contexto cultural el tupambaé significa la hacienda de Dios. La organización entonces de la vida productiva de las reducciones, preservó de alguna manera los dos conceptos; es decir que no se produjo la destrucción total del ritmo de trabajo indígena; conservándose la porción de tiempo propia del abambaé. La unidad doméstica indígena por lo tanto conservó cierta autonomía en el manejo del tiempo de trabajo.

Es relevante mencionar, que la vida de la comunidad guaraní, estuvo inserta en un complejo y beligerante contexto de relaciones interétnicas conflictivas, ya sea por los violentos ataques llevados a cabo por los bandeirantes, para dominarlos y constituirlos en mano de obra esclava como así también por los encomenderos españoles; que presionaban para introducirlos en el trabajo de la mita y obtener el incremento de sus ingresos por el tributo. A estos apremios se agregaban los llevados a cabo por otras tribus combativas, deseosas de los espacios de cultivo y caza de los Ava; como por ejemplo los tupies pertenecientes a la región de Roraima, ubicada en el sur de Brasil. En este contexto algunos jefes debilitados en su poder, sacaron rédito con la llegada de los jesuitas a su espacio habitacional, ya que los misioneros debían consensuar su instalación definitiva en la zona referida. Por lo tanto, los nativos negociaron una alianza defensiva, para reforzar la seguridad territorial, obtener ventajas adicionales y por sobre todo recibir la protección y a su vez la libertad necesaria para seguir fuera del sistema de mita y encomienda.

Las negociaciones anteriormente citadas y los resultados obtenidos (de carácter beneficioso para los jesuitas) podemos encontrarlos en documentos realizados por misioneros, como

es el caso de la Relación de 1677², documento que refleja la negociación llevada a cabo entre los caciques y el padre Marciel de Lorenzana y algunos indios amigos que oficiaron de testigos. En ella se refleja la promesa del Rey de declararlos vasallos suyos, otorgándole a su vez al padre jesuita cartas reales que oficialían de respaldo para la protección de los nativos. El tema de las alianzas jesuíticas-guaraníes, ha sido analizado por la Doctora Mercedes Avellaneda, quien, en su trabajo sobre ellas, refleja el origen, desarrollo y preponderancia que tuvieron estas relaciones entre los actores sociales anteriormente citados y el crucial rol que cumplieron los caciques en dichas alianzas.

Ellos fueron “expertos negociadores de alianzas, tanto en tiempos de paz o guerra; los caciques vieron concretarse un nuevo espacio social como solución para consolidar su poder al interior de sus cacicazgos” (Avellaneda, 1999, p. 176).

Los guaraníes actuarán entonces estratégicamente y así darán el permiso de entrada a su territorio a los misioneros, resguardadosin embargo, aquellas instituciones que nucleaba a la comunidad guerrera: los parlamentos y las juntas características de los cacicazgos; que fueron en su conjunto utilizados hábilmente por los nativos. A fin de desplegar las tareas de protección y resguardo de las misiones, solicitaron ayuda militar y la posesión de armas de fuego; en su conjunto lo anteriormente referido les permitió resguardar las jerarquías políticas al interior del cacicazgo y ejercer paralelamente un poder de marcada relevancia en las reducciones.

Es preciso mencionar a su vez las pautas culturales tradicionales en aquello pertinente al culto de los antepasados, a la muerte y el alma. En el primer punto se trata de una práctica religiosa ancestral de los guaraníes, los mismos creían en la continuidad de la vida después de la muerte, por lo tanto, proveían a sus muertos de todo lo necesario para realizar sin

2 Relación de 1677-Archivo General de la Nación-Colección Andrés Bello, Leg.6.

carencias el viaje a la tierra sin mal; aquel lugar considerado por el nativo como la tierra ideal. Los nativos realizaran entonces una práctica de culto permanente a los antepasados, con una relación estrecha y continua entre los vivos y los muertos. Asociado al culto anteriormente referido, los guaraníes, percibían la muerte como un fenómeno puramente natural, que resulta de malas acciones, que eran atribuidas generalmente a causas naturales y antinaturales. La primera ocurría cuando el hombre o la mujer ya pasan al status de 'ancianos', se encuentran carentes de fuerza vital y ya no cazan ni desempeñan tareas propias para la subsistencia del grupo doméstico. Por otro lado, era considerada antinatural, cuando estaba asociada a poderes sobrenaturales o a la magia negra. Entre los guaraníes, ciertas prácticas rituales obedecían asegurar la separación del alma del cuerpo muerto, estableciéndose a su vez un rito funerario que permitía afrontar el hecho acaecido; a través de la manifestación de grandilocuentes expresiones de dolor, lamentación e ira, liberándose de esta manera la pena por la muerte del integrante de la comunidad. Los padres de la orden jesuita, consideraban aquellas lágrimas, sollozos, gritos, vertidos en esos momentos como expresiones sensibles y comunitarias y fundamentalmente como expresiones directas de la devoción, piedad y espiritualidad cristiana; por lo tanto, resultante de acción evangelizadora jesuita:

...“se ve en ellos gran fe; esta les asienta tan bien, como si fueran ya cristianos viejos, y de muchos años de religión, [...] los tienen hoy nuestros padres tan domesticados y reducidos a la piedad humana y divina que quien los ve no puede dejar de admirarse y dar mil gracias a Dios”³

3 Documentos de geohistoria regional, *Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay [1641-1643]*, en Instituto de Investigaciones Geohistoricas, nº 11, Resistencia, Chaco, 1996, p. 79.

De acuerdo a lo referido con anterioridad, se vislumbrará que, a diferencia de lo esbozado por los padres de las misiones, es observable que las acciones desarrolladas por los nativos, apunta a la re-significación de las manifestaciones tradicionales de emoción individual y colectiva. Los guaraníes buscaron proteger su espiritualidad y sensibilidad, viabilizadas en prácticas exógenas. Tal como lo demuestra el llanto y los lamentos manifestados en las misas y servicios fúnebres, como también en ocasión de alegría y júbilo de las fiestas religiosas cristianas asociadas al canto y baile nativo. Desde la perspectiva occidental la sociedad guaraní podría parecer la más utópica de todas, por su comunitarismo y su poco interés por los bienes materiales y quizás la que consideraron menos real; era la utopía guaraní de la Tierra sin Mal. A decir de Helene Clastres (1996) es un “lugar privilegiado, indestructible, donde la tierra produce por sí misma sus frutos y donde no hay muerte” refiriéndose a la leyenda guaraní que plantea la búsqueda de un lugar puro y sin mal. Desde el punto de vista guaraní no fue obstáculo para la comunicación con los misioneros ya que se identificaron con las promesas de las bienaventuranzas cristianas. Las antiguas costumbres guaraníes de la antropofagia ritual encontraron un nuevo cauce en la antropofagia divina es decir la eucaristía. La fe mística en Ñamandú, creador del hombre y del universo se asimiló al Dios - Tupá cristiano, creador del mundo y de la humanidad. El pueblo Ava o guaraní, valiéndose de sus ricas formas de percepción e intelección, adaptaron entonces ciertas prácticas a sus propias necesidades espirituales y psíquicas. Es preciso entonces establecer a través de las distintas expresiones vertidas, que los guaraníes actúan racionalmente frente a la nueva conducta moral y a los principios de fe cristiana; fueron artífices de respuestas creativas a las situaciones planteadas.

Un entramado dinámico de aspectos económicos, políticos, culturales y simbólicos tales como la reciprocidad, organización económica y política, la poligamia, las prácticas religiosas, las alianzas y el desarrollo de su

espíritu guerrero como el lenguaje, aportados por la comunidad guaraní; se proyectan hacia el interior de las misiones jesuíticas en franco intercambio con el acervo cultural español. Las reducciones jesuítico-guaraníes constituyen, de esta forma, un espacio de creación y de resignificación de las representaciones y de los componentes culturales nativos.

Conclusión

Es posible esbozar una conclusión de los conceptos, manifestaciones e interacciones, vertidas en el transcurso del presente trabajo. Se observa un espacio dinámico, de gran complejidad y entrecruzándose en él una amplia gama de acciones e intereses, alianzas y conflictos, redes y configuraciones como así también recursos de coerción y consenso. Podemos observar espacios abiertos, dinámicas relacionales y un flujo de modos, prácticas, normas y hábitos; que resumen las estipulaciones necesarias para abandonar los conceptos vertidos por los cánones historiográficos tradicionales. Los jesuitas manifestaron cierta tolerancia a las prácticas nativas, ya que veían que ello posibilitaría el funcionamiento del sistema reduccional, aunque no descuidaron los elementos propios de su acervo cultural que pretendían desarrollar en el espacio misional. Frente a ellos los nativos no fueron receptores pasivos de acciones exógenas, sin ninguna capacidad de actuar, sino que contrariamente desarrollaron ampliamente sus especificidades inherentes a su etnia, que les permitieron desarrollar estrategias concernientes a perpetuarse como comunidad; siendo los encargados de poner en práctica sus propios valores culturales, de reelaborarlos, resignificarlos para preservar así su identidad guaraníca.

Bibliografía

Avellaneda, Mercedes (1999). Orígenes de la Alianza jesuita-guaraní y su Consolidación en el Siglo SXVII. En Memoria Americana, 8.

Autores varios (1987). Teología. Las Misiones Jesuíticas de guaraníes Como experiencia de Evangelización. En Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, 50 (XIV).

Cartas Anuas de la Antigua Provincia Jesuítica de la Compañía de Jesús (1927-1929). Buenos Aires: Biblioteca Nacional de Bs As, Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la Historia.

Clastres, Helene (1996). La tierra sin mal. El profetismo Tupí Guaraní. Buenos Aires: Del Sol.

Documentos de geohistoria regional (1996). Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay [1641-1643]. En Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 11.

Garavaglia, Jorge (1987). Las misiones jesuíticas: utopía y realidad. Economía, sociedad y regiones. Argentina: Editorial de la Flor.

Furlong Cardiff, G. (1962b). Misiones y sus pueblos de guaraníes. Buenos Aires: Balmes.

Melià, B. (1986). El guaraní conquistado y reducido. Asunción: Biblioteca Paraguaya de Antropología.

Peramás, J. M. (1946). La República de Platón y los guaraníes. Buenos Aires: Emecé Editorial.

Morner, Magnus (1968). Actividades Políticas y Económicas de los Jesuíticas en el Rio de La Plata. Argentina: Paidós.

Ruiz de Montoya, Antonio (1997). Conquista espiritual hecha por los religiosos de la compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape. Madrid: Imp. Del Reino.

Wilde, Guillermo (2001). De la coacción a las estrategias. Algunas reconsideraciones sobre el Modo de producción jesuítico guaraní. En Revista Razón y Revolución, 7.